



Caminos: conocer para proteger

Luis Atienza Serna
 Presidente de Red Eléctrica de España

LOS CAMINOS han hecho a las personas. La cultura, en lo que tiene de puesta en común de conocimientos y de experiencias, es posible gracias a los caminos, a la comunicación, al intercambio. Nuestra manera de vivir se articula en torno a los caminos. El mundo, según la imagen de Borges, es *El jardín de senderos que se bifurcan* y es, sin duda, una imagen precisa, como lo es todo en la quirúrgica poesía del maestro Borges. Los caminos como metáfora comodín son insuperables, precisamente porque son mucho más que una metáfora, son nosotros mismos. El recorrido eléctrico del pensamiento por los axones neuronales, el reguero de estrellas, el hilo argumental de la novela, las cinco líneas del pentagrama, la circulación de la sangre, los vados, collados, pasos, veredas, puertos, senderos, vías... eso somos nosotros.

De aquellos caminos naturales recorridos hace 50.000 años por humanos nómadas que trataban de ser personas sedentarias a los Caminos Naturales de hoy hay un trecho magnífico que encierra el resumen de lo que hemos sido y probablemente el secreto de lo que seremos. De la tierra aplastada por pies descalzos a la tierra que pisan las botas de montaña, pasando por las losas de las calzadas romanas y las sandalias, los caminos de sirga de las caballerías remontando la cosecha río arriba, la grava, el ripio y el asfalto, lo que somos se lo debemos al camino, patria de los poetas.

Y hoy, 10.000 años después de las primeras semillas y tras haber asentado los rebaños y las familias, volvemos al camino por el gusto –quizá por la necesidad– de sentir el camino bajo los pies. Ya hemos ido y hemos vuelto muchas veces, tantas que hemos dejado de ver el camino. Se nos había olvidado, como nos dijo el poeta que soñaba caminos en la tarde, que llegar es solo una parte del viaje, que lo importante es hacer el camino, ser uno mismo en el cami-

no, buscarse y encontrarse, otra vez con el poeta, mientras *Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía, / buscando los recodos de sombra, lentamente.*

Que un camino, el de Santiago, se haya convertido en atracción turística europea de primera magnitud es, sin duda, revelador. Es la muestra palmaria de que estamos en el camino, no en el origen ni en el destino, en el camino. Y es una buena señal el que en una sociedad de tecnología y de consumo, en la que pareciera que hay que obtener todo pronto y sin esfuerzo, haya esa silenciosa reivindicación del paso a paso, de la bota y el cayado, del reposo y la fatiga.

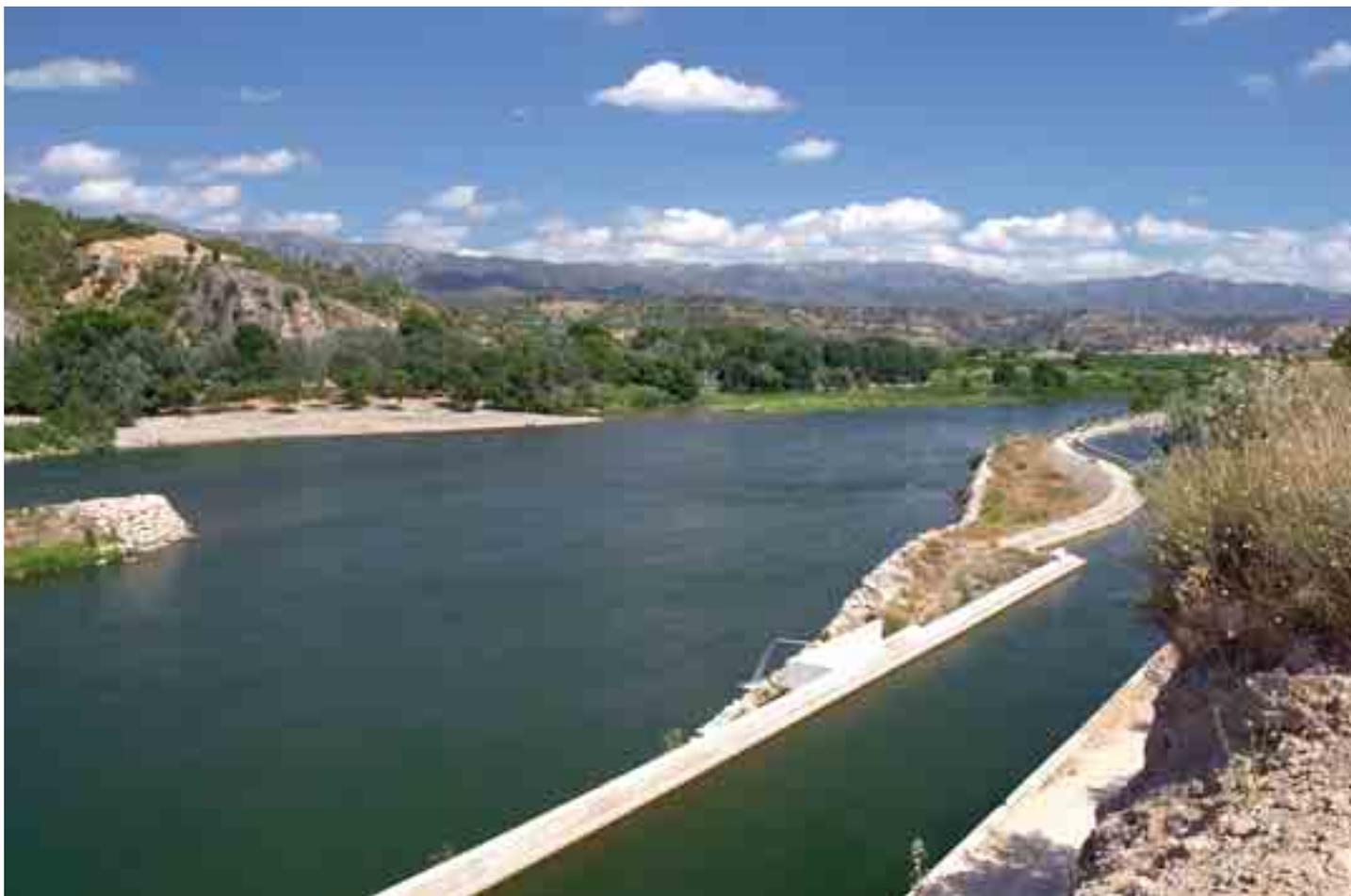
Y es que el camino permite ver, pensar, sentir, disfrutar al ritmo que nos es propio. Como ha dicho García Márquez repetidas veces, al viajar en avión de un lado al otro del océano se debe esperar unos días hasta que el alma llega. En el camino andado, sin embargo, viajamos de una pieza, todo el yo al mismo tiempo viendo y pensando (también viendo y pensando

...

en la página anterior

Balsa en Valdealgorfa. Camino Natural de la Val de Zafán. Teruel. Aragón

La antigua línea férrea que desde el Bajo Aragón turolense se dirigía hacia Tortosa se reparte entre los Caminos Naturales de la Val de Zafán, de la Terra Alta y del Baix Ebre



♦♦♦
Azud de Xerta, en el Ebro. Camino Natural del Baix Ebre. Tarragona. Cataluña



♦♦♦
Viaducto sobre el río Algás (Lledó).
Camino Natural de la Val de Zafán.
Teruel. Aragón

con los pies y las tripas), sintiendo y disfrutando el camino y su entorno. Porque el camino, claro, es mucho más que el camino: es el paisaje. Hasta el último monte del horizonte pertenece al camino, como al camino pertenece el aire, el árbol, el puente y el río, la lejana carretera y el pico nevado, la historia, las piedras, las riberas y las águilas que nos ven desde lo alto.

Cada uno transita sus caminos. Los metafóricos y los reales, los de la vida, el amor o la fortuna y los de su infancia, al fin al cabo, como dijo Rilke, la única patria. Los míos son caminos de sierras castellanas de hayedos y encinares, de riscos, viejos olmos y nidos de pájaros. Son caminos de fruta y caminos de agua. Fueron, también, caminos de escape y de aventura, como ahora son caminos de regreso. Caminos hacia el mar, hacia el conocimiento, hacia el mundo más allá de las montañas, de la familia, de la seguridad.

Quien ha vivido ha caminado. Por su lugar, por el mundo, por los libros, con mayor o menor fortuna, de ida y de vuelta. Yo he caminado. Y camino. Por eso, siempre que he tenido oportunidad en mis responsabilidades he propiciado caminos y, entre mis orgullos más profundos y más íntimos, está el haber promovido como ministro la aprobación de la Ley de Vías Pecuarias, una ley para proteger un territorio, y un patrimonio común, que supone una superficie cercana al uno por ciento del total nacional, unas 450.000 hectáreas. Unos caminos largos, muy largos, de 125.000 kilómetros; para hacernos una idea del tamaño, bueno será recordar que los caminos de hierro, los de ferrocarril, tienen 15.000 kilómetros y los eléctricos, las redes de alta tensión, suman 40.000.

Tuve, como digo, la oportunidad en 1995 de poner mi granito de arena en la protección de una enorme red pública que debe ser conservada y mimada. Se llamen veredas de carne, caba-

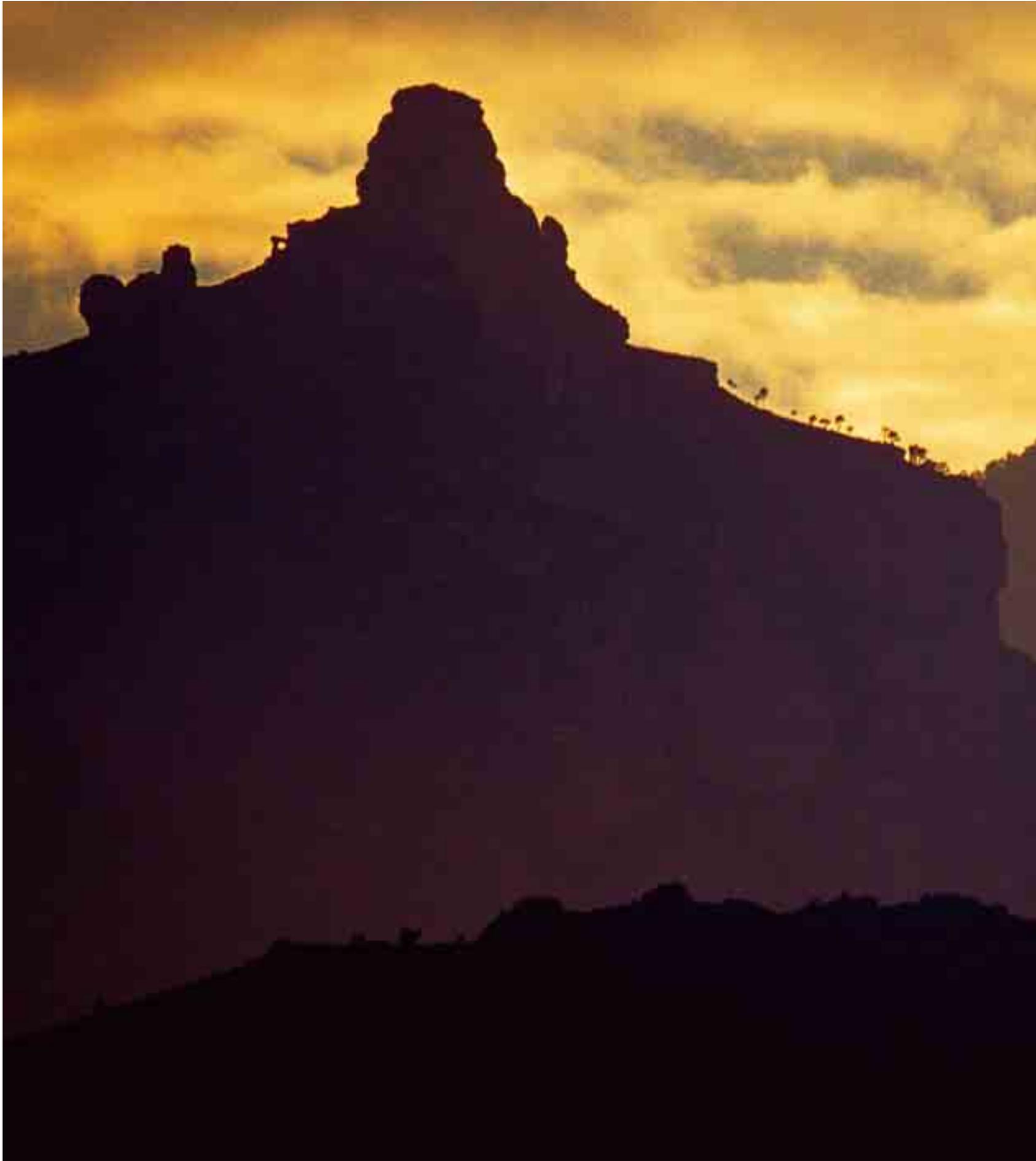
ñeras, carreradas, cordones, cuerdas, galianas, veredas, coladas o cabañiles, todas están animadas por el mismo propósito, ir yendo, transportarse uno mismo y los rebaños de sur a norte y de norte a sur buscando siempre el pasto, el resguardo; buscando, claro, la vida.

Ahora estoy ocupado en otros caminos, los eléctricos que hacen posible el inverosímil equilibrio entre la bombilla y la central. Quizá desde esta atalaya eléctrica se percibe como desde pocos lugares la importancia de los caminos, de la red robusta y mallada que permite asegurar el suministro eléctrico, imprescindible en nuestra sociedad de la información. Hoy no seríamos como somos sin batidoras, teléfonos, bisturís eléctricos, ordenadores, neveras, aire acondicionado ni internet, la patria virtual de los electrones.

Pero no me olvido de la tierra, la hierba, los árboles de la cuneta y el horizonte. Hoy, a pie o en bicicleta, recorro nuevamente los caminos de mi infancia y disfruto del placer del camino como estrenándolo cada vez. Porque el camino es también eso, el placer del recuerdo y el placer de lo nuevo, de lo sabido y de la sorpresa detrás de cada curva conocida.

Y así caminaremos hasta que no podamos con nuestros huesos porque, parafraseando a Pessoa, que recogía la cita de los navegantes griegos, vivir no es necesario, caminar sí. Y, así, al final, con Nicolás Guillén, podremos decir: *Iba yo por un camino cuando con la muerte di. / ¡Amigo! —gritó la muerte, / pero no le respondí, / pero no le respondí; / miré no más a la muerte, / pero no le respondí.*







Els Ports vistos desde el Camino Natural de la Terra Alta

